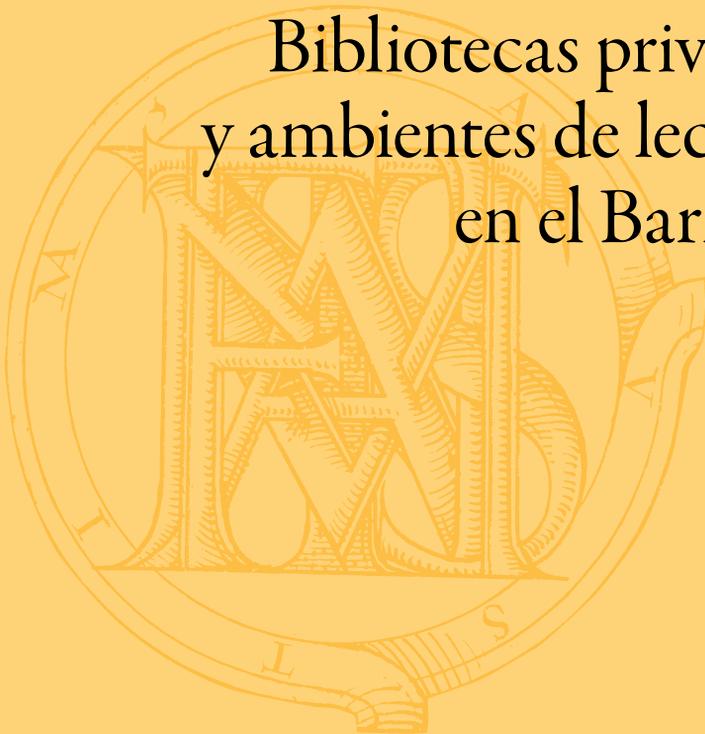


JUAN POSTIGO VIDAL

# Lugares de sabios

Bibliotecas privadas  
y ambientes de lectura  
en el Barroco



PRENSAS DE LA UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

LUGARES DE SABIOS  
Bibliotecas privadas y ambientes de lectura  
en el Barroco. Zaragoza (1600-1676)

*Juan Postigo Vidal*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

- © Juan Postigo Vidal
- © De la presente edición, Prensas de la Universidad de Zaragoza  
(Vicerrectorado de Cultura y Proyección Social)  
1.ª edición, 2021

Colección Humanidades, n.º 161  
Director de la colección: Juan Carlos Ara Torralba

Prensas de la Universidad de Zaragoza. Edificio de Ciencias Geológicas, c/ Pedro Cerbuna, 12  
50009 Zaragoza, España. Tel.: 976 761 330. Fax: 976 761 063  
[puz@unizar.es](mailto:puz@unizar.es)      <http://puz.unizar.es>

La colección Humanidades de Prensas de la Universidad de Zaragoza está acreditada con el sello de calidad en ediciones académicas CEA-APQ, promovido por la Unión de Editoriales Universitarias Españolas y avalado por la Agencia Nacional de Evaluación de la Calidad y Acreditación (ANECA) y la Fundación Española para la Ciencia y la Tecnología (FECYT).

ISBN: 978-84-1340-213-0

Impreso en España

Imprime: Servicio de Publicaciones. Universidad de Zaragoza

D.L.: Z 475-2021

*A Trevor J. Dadson, sabio entre los sabios*

# INTRODUCCIÓN<sup>1</sup>

Al principio de la segunda parte del *Quijote*, Cervantes nos presenta por mediación de Sancho Panza a un nuevo personaje llamado Sansón Carrasco. Es este un joven bachiller que acaba de regresar a su patria manchega tras haber estudiado Cánones en Salamanca, y que, al hacerlo, termina por desbaratar —casi sin quererlo— el frágil equilibrio que se había establecido con la aparente vuelta a la cordura del hidalgo. El problema en este caso no era otro que la explosiva noticia que traía entre manos: resultaba que todas las venturas y desventuras que caballero y escudero habían sufrido durante el transcurso de la primera parte (y de las que todavía no se habían recuperado) corrían ahora impresas a millares a través de una novela que entre el público lector había cosechado un éxito increíble; tan desproporcionado, de hecho, que incluso se preveían nuevas ediciones traducidas a todas las lenguas del mundo. «Los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran», aseguraba el bachiller Carrasco a sus dos maravillados vecinos para, a continuación, añadir: «es tan trillada y tan leída y tan salida de todo género de gentes, que apenas han visto algún rocín flaco, cuando dicen: “Allí va Rocinante”».

---

1 El presente trabajo se ha realizado en el marco del proyecto de investigación PGC2018-094899-B-C51 del Ministerio de Ciencia e Innovación. Parte de él fue escrito siendo el autor miembro del Grupo de Referencia BLANCAS, del Gobierno de Aragón, financiado con Fondos Feder de la Unión Europea.

Ni que decir tiene que, por supuesto, Sansón Carrasco se contaba entre aquella multitud de lectores; y es así que, gracias a esta circunstancia, se iba a producir a continuación una intensa conversación en la cual, si bien por una parte el estudiante aprovecharía para ponderar la importancia de algunos pasajes o para aclarar las dudas que le hubiesen suscitado otros, Don Quijote, por la otra, comenzaría ya a calibrar la enorme responsabilidad que entrañaban cada uno de sus actos como héroe andante. Al fin y al cabo, había quedado visto que todos esos actos, sin excepción, hasta los más ridículos e insignificantes, podían ser en un momento dado convenientemente recogidos y, a continuación, relatados en un posible libro asequible para cualquiera.

Dejando de lado las inmensas posibilidades que semejante giro de la trama terminaría brindando a esta novela *polifónica*, o también la oportunidad que el autor encontraría de ese modo para «dialogar» con los lectores de la primera parte y enmendar así posibles descuidos e incoherencias, lo que a nosotros nos interesa más, en cambio, es observar en qué medida lo ocurrido pudo afectar de manera directa a sus protagonistas. Es evidente que, en la mentalidad de Don Quijote, la publicación de sus aventuras sería el acicate definitivo que le impulsara a arrastrar a su escudero hacia nuevos desafíos —he aquí que este hecho fue, pues, el desencadenante principal de todo lo que ocurriese después—; pero ¿qué decir de Sansón Carrasco, este estudiante «socarrón» y «carirredondo» que vestía el tradicional hábito negro de San Pedro? ¿Qué papel desempeñaría durante el resto de la historia este improvisado personaje, lector de los lances y penurias de quien hasta entonces había sido su paisano? En fin, al bachiller Carrasco se le ha recordado, con mucha lógica, como el gran enemigo de Don Quijote en esta segunda parte, como su antítesis física, claro, pero también como su antítesis moral. Interpretando el rol ficticio de Caballero de los Espejos primero, de Caballero del Bosque después, y del de la Blanca Luna para acabar, Carrasco perseveró en sus combates contra el de la Triste Figura porque su manera de entender el mundo se caracterizaba, a decir verdad, por la más estricta rectitud, por la rigidez de la lógica escolástica que había aprendido en la universidad (distinta a más no poder del idealismo y la locura de Don Quijote); y es por eso que entendemos tan bien su terca obstinación por pararle los pies al malogrado caballero andante.

Lo que en absoluto podía esperarse, sin embargo, es que, a lo largo de la novela, aquel que con tanta insolencia se había cambiado las prendas de estudiante por las de jinete medieval para sacar al demente de su demencia, acabase por creerse demasiado su propio papel y por adentrarse de lleno —previo abandono de su dialéctica de académico— en el fantasioso universo de Don Quijote. «No me llevará ahora a buscarle el deseo de que cobre el juicio —llegó a decir el bachiller tras sus sucesivas derrotas—, sino el de la venganza; que el dolor grande de mis costillas no me deja hacer más piadosos discursos». En definitiva, de lo que se nos estaba hablando aquí era del poder absoluto de los libros; de la capacidad que estos tienen de abstraer por completo a quien los utiliza, de sacar al individuo de su discurso rutinario y habitual y de arrojarlo a mundos nuevos. De todas formas, la genialidad en el caso concreto del que hablamos consistía en el hecho de que incluso un personaje arrogante y resabido como era Sansón Carrasco, que había urdido en un principio sus artimañas desde una posición de superioridad moral, pudiese llegar a sucumbir, dándose las circunstancias precisas, ante los encantos de la ficción y la fantasía.

Que la lectura podía influenciar a quien la ejercía hasta límites insospechados es algo que, por supuesto, ya se sabía para cuando Cervantes escribió el Quijote. Casi desde los primeros tiempos de la imprenta, moralistas y teólogos de toda clase se esforzaron en recordar que el embelesamiento que se experimentaba al leer podía resultar hasta pernicioso cuando las lecturas que se hubiesen escogido no hubieran sido las adecuadas. No faltaron desde el principio escritos condenatorios, amenazantes y correctivos que iban orientados en esta dirección; se solía señalar el peligro que había de que, mediante la lectura de determinados escritos o géneros literarios, la persona común —débil por naturaleza— pudiese desarrollar en su interior pensamientos retorcidos y voluntades transgresoras. Aun así, al observar el extraordinario testimonio que aquí hemos seleccionado, comprobamos al menos que el tono agresivo y excesivamente severo que estas acusaciones tuvieron en los tiempos de Juan Luis Vives (las mismas de las que bebió, sin ir más lejos, Teresa de Jesús, quien se arrepintió profundamente de haber leído tantas novelas de caballerías en su juventud) pudieron dejar paso a un talante más ligero conforme la nueva era cultural del Barroco asomaba.

«Un piélagos hay de libros de entretenimiento, tan inútiles y tan lascivos como el mar. Que el mar es inútil, es claro, para nada su agua es buena. Que

es símbolo de la lascivia, es patente. De sus espumas fingieron los antiguos, que se formó Venus. En la orilla del mar Océano puso Hércules dos columnas, en señal de que allí se terminaba el mundo». En las palabras de Juan de Zabaleta en *El día de fiesta por la tarde* (1659) apreciamos también cierta clave de humor por mucho que todavía nos hallemos inmersos en la voráginde de los «tiempos recios» de la censura inquisitorial. El fragmento, que hemos extraído de un capítulo exclusivamente dedicado a la práctica de la lectura en los momentos de ocio, nos representa, de hecho, la actitud de diferentes personajes arquetípicos de la época, de perfiles de tipos sociales distintos que, al retirarse en soledad con un libro en la mano, acaban cometiendo infracciones veladas, silenciosas, sin que *a priori* pueda parecerlo en modo alguno. Aparece aquí, por supuesto, el hombre que coge una novela y que se va con ella a una ventana cubierta con celosías, donde se dedica a su lectura con fruición —con «gana incorregible de llegar al fin»— desviando solo de cuando en cuando la mirada a la calle. Está la doncella «recogida» con su libro de comedias, que lee «blandamente» dejando volar la imaginación y soñando con mantener relaciones amorosas que no le corresponden. Se menciona igualmente al seglar «que estudió un poco de latín» y que, de un estantillo ubicado en un rincón de su dormitorio, selecciona un volumen de poesía —uno que, al contrario de lo que hubiese opinado Sansón Carrasco, no podía enseñar «cosa buena»—. Y para terminar, vemos asimismo a quien ha logrado establecer en su casa una gran librería de cientos y cientos de ejemplares que se distribuyen en baldas y anaqueles conformando un conjunto coherente y uniformado (y que por ese motivo atrae, con cada visita, las miradas de admiración y envidia).

Este último ejemplo resulta de especial interés. Nos habla de una personalidad diferente, propia de aquel que solo desea adquirir nuevos ejemplares con la finalidad de alardear de cultura. La intención, por teatral y efectista, ya es de por sí muy barroca; y aún podría serlo más si consideramos, como hizo Zabaleta, que muy probablemente aquellos libros no llegarían a ser leídos nunca por su dueño, sino solo coleccionados y expuestos como un simple elemento decorativo. Desde luego que cuesta creer que pudiese haber alguien tan cínico como para realizar un esfuerzo coleccionista de tal magnitud si la única recompensa radicaba en obtener después la aprobación de los demás. De todas formas, también es un hecho que las gentes del siglo XVII tuvieron bien grabado en la mente aquello de que tan importante es el ser como el aparentar, y que, por tanto, la misma atención

que se ponía en una cosa, había que ponérsela igualmente en la otra. «El sermón más grave y docto fue desazonado sin tu gracia —decía Baltasar Gracián en *El discreto* (1646)—; la alegación más autorizada fue infeliz sin su aseo; el libro más erudito fue asqueado sin tu ornato».

De la misma forma, al comenzar la segunda parte del *Quijote*, nos encontramos a su protagonista sentado en el borde de la cama mientras hace esfuerzos por mantener una conversación cabal con el cura y el barbero, cuando resulta evidente que tarde o temprano no podrá evitar sacar a relucir razonamientos incoherentes (pues incluso viste como un loco en ese instante, con «almilla de bayeta verde» y «bonete colorado toledano»). Cualquier intento por ocultar su verdadera identidad, por tanto, le resultaría demasiado difícil a Don Quijote. No podía cambiar radicalmente y de la noche a la mañana su propia naturaleza cuando, pocas semanas atrás «andaba a cuchilladas con las paredes», presa de su pasión obsesiva. Y esto lo decimos de un hombre que entonces rondaría los cincuenta años, una edad que Gracián asociaba al «deseado otoño de la varonil edad», tan «coronado de sazónados frutos, en dictámenes, en sentencias y en aciertos».

Así pues, la pregunta que cabría hacerse llegados a este punto es la siguiente: ¿podríamos sacar, por tanto, alguna idea sobre la personalidad de Alonso Quijano si para ello partimos ya no de lo que pudo decir o hacer con anterioridad, sino de los libros que leyó, del uso que dio a esos libros, e incluso del ambiente en el que decidió dar cuenta de su biblioteca?

Adelantamos que hubiese sido tremendamente improbable encontrarse con un lector como Don Quijote en la España de aquel momento. Y no nos referimos ahora a su pasión desmedida por la lectura, ya que eso sí debió de existir en aquellos días, por mucho que a la mayoría de la gente no se le terminase por secar el cerebro tras una sobredosis. Nos referimos en cambio a la clase de libros que una y otra vez el hidalgo repasaba y memorizaba; esos de los que con algo de detalle se nos habla en el conocidísimo capítulo sexto de la primera parte —del escrutinio de su librería—, es decir, de los «más de cien cuerpos de libros grandes, muy bien encuadernados, y otros pequeños», que en realidad no eran otra cosa que novelas de caballerías y poemas de tradición épica. Pues bien, el consumo de novelas de esta clase estaba aún vigente a principios de este siglo, es cierto; pero eso era una cosa, y otra muy distinta que alguien tan sobradamente capacitado para el ejercicio de la lectura intelectual acabase elaborando una nutrida

biblioteca en la que no hubiese más que fábulas caballerescas. Eso, en cambio, era mucho más complicado, o al menos muchísimo menos frecuente que el modelo que presuponemos en la persona de Sansón Carrasco: un estudiante que durante los últimos años habría ido formando su propia biblioteca especializada para ir pasando sus cursos universitarios, pero que en los ratos libres también hallaría ocasión para leer novelas como *El ingenioso hidalgo don Quijote de La Mancha*, bien porque él mismo las compraría, bien porque algún amigo o conocido se las dejaría. Y al respecto recordamos lo que él mismo llegaría a decir del éxito que tuvieron las aventuras de Don Quijote entre los pajes; aquello de que «no hay antecámara de señor donde no se halle» un ejemplar, o eso otro de que «unos le toman si otros le dejan, estos le embisten y aquellos le piden».

Por otra parte, y en relación con el entorno de la lectura de Don Quijote, este debió de ser, sin embargo, mucho más convencional. A pesar de que no es mucha la información que se nos da al respecto (pues las descripciones de los espacios, y particularmente de los de la casa del protagonista, son bastante escasas en la novela), queda claro que existió un «aposento de los libros» separado del dormitorio, que al parecer estaba ubicado en la primera planta del edificio, y que además tenía una ventana que daba al corral. Nada se nos dice del mobiliario, ni siquiera de la necesaria estantería que tuvo que soportar todos los volúmenes. Lo que sí que sabemos, en cambio, es que la puerta de entrada contaba con una cerradura, y que durante el capítulo séptimo de la primera parte, cuando muchos de los libros de Don Quijote ya habían desaparecido pasto de las llamas en el corral, cura y barbero la sellaron hasta camuflarla con el resto de la pared exterior. Una vez se hubiese despertado el propietario, «lo primero que hizo fue ir a ver sus libros; y como no hallaba el aposento donde le había dejado, andaba de una a otra parte buscándole. Llegaba adonde solía tener la puerta, y tentábala con las manos, y volvía y revolvía los ojos por todo».

La explicación que tuvo que darle a continuación la sobrina es bien recordada. Al parecer, un sabio encantador montado en una serpiente y rodeado de nubes nocturnas había entrado en su estudio y, en cuestión de segundos, había hecho despegar la habitación entera —con sus libros dentro— dejando toda la casa llena de humo. Ese mago, Frestón, conocía bien a Don Quijote, le tenía «ojeriza», y es por eso que quiso darle donde más le podía doler: en sus libros y en su biblioteca. Pero cuál sería la sor-

presa para todos los lectores cuando, página tras página, nos fuéramos dando cuenta de que Don Quijote ni recuperaba sus libros ni llegaba a echarlos verdaderamente en falta. Ya no volvería a leerlos otra vez, de hecho. Tampoco le haría falta hacerlo. A diferencia de lo que pudo haberle ocurrido al coleccionista denunciado por Juan de Zabaleta, que formó su librería pensando en los visitantes que pudieran admirarla observándola desde fuera, Don Quijote conocía perfectamente sus libros, los había interiorizado y asumido absolutamente hasta hacerlos suyos. Podría incluso afirmarse que él mismo era sus libros, y en ese sentido tampoco iríamos desencaminados del todo si creyésemos que la biblioteca, en su caso, no era ya más que una cosa del pasado.

\*\*\*

Mucho se llega a averiguar de una persona cuando examinamos con atención aquello que suele leer. Tal vez sea esa la razón por la cual algunos manuales de civilidad durante la Edad Moderna aconsejaban no quedarse mucho tiempo analizando los lomos de los libros durante una visita a la casa de un conocido. En cierto modo, escudriñar los títulos que conforman la librería de alguien podría suponer adentrarse más de lo deseable en su intimidad, en sus gustos y distracciones favoritas, pero también en su manera más personal de enfrentarse a la realidad de su entorno inmediato. Por eso, y aunque parezca una exageración, toda atención desmesurada hacia los libros de otro, o hacia el lugar donde se guardan o exponen esos libros, es susceptible de tenerse en ciertas ocasiones como una conducta intrusiva, de mal gusto; como un exceso de confianza que es mejor evitar si se quiere, como es natural, rehuir situaciones incómodas. Una mirada concienzuda a la biblioteca de Don Quijote, pues, hubiera permitido a su observante comprender que aquel hombre tenía una fijación formidable por los libros de caballerías, lo mismo que paseando frente a los anaqueles de una lujosa estancia repleta de objetos suntuosos pero en la que no se respirase un verdadero ambiente de erudición, las impresiones llegarían a ser seguramente muy distintas.

El estudio que a partir de aquí presentamos tratará de adentrarse en el panorama lector zaragozano durante una buena parte del siglo xvii, y para ello tendrá en consideración aspectos como los que ya hemos ido tratando

en las líneas anteriores: la importancia de los gustos y las pasiones personales a la hora emprender el atesoramiento de libros; el componente de la necesidad, cuando de lo que se trató fue de aprender o de informarse sobre un tema sobre el que se estuviese estudiando o trabajando; el simple esparcimiento que producía la lectura de un libro ameno y entretenido; el placer que generaba la belleza de una obra maestra; o, por qué no, la ambición que despertaba el deseo de conformar una biblioteca «total» al más puro estilo borgiano, una biblioteca repleta hasta los topes de ejemplares procedentes de todas las ramas de la ciencia o de cualquier género literario imaginable. Todas estas intenciones, y algunas otras más, serán las que a partir de ahora podremos ir observando a través del estudio pormenorizado de una muestra importante de lectores y lectoras que hemos rescatado a partir del análisis de los inventarios de bienes muebles procedentes del Archivo Histórico de Protocolos Notariales de Zaragoza (AHPNZ). Esta interesante fuente nos permitirá acceder, por una parte, a las posibles lecturas que cada persona pudo llegar a hacer teniendo en cuenta la procedencia social o las circunstancias personales específicas; y por la otra, a la apariencia morfológica de los ambientes donde se guardaron los libros y donde presumiblemente se realizaron sus lecturas. Y es así, por tanto, que mostraremos interés especial también por llegar a saber cómo estaban conformados esos espacios, qué aspecto estético presentaban y qué clase de significancia personal, cultural o simbólica pudieron esconder según los casos.

Puesto que nos encontramos, entonces, ante un trabajo que va a dar una importancia equivalente a los aspectos bibliográficos (también a lo vinculado con la bibliofilia y el coleccionismo) y a lo más relacionado con lo artístico (sobre todo en lo tendente al acondicionamiento visual de los ambientes de lectura), una primera parte del ensayo irá por ello dedicada a comprender mejor los orígenes históricos de los que partieron los patrones intelectuales y materiales más fundamentales —con la descripción de muchas de las más curiosas bibliotecas particulares de nuestro Renacimiento— para, a continuación, en una segunda parte, proceder ya a la descripción de aquellos «lugares de sabios» que hemos podido localizar para la Zaragoza del Barroco. Un anexo final, por último, ofrecerá el contenido íntegro de todas las bibliotecas incluidas en el volumen (con la identificación de cada ejemplar citado siempre que esto haya sido posible), así como la transcripción del mobiliario y de la decoración que en cada ocasión se hayan referenciado.

# ÍNDICE

INTRODUCCIÓN .....	9
--------------------	---

## PARTE I EL SUEÑO DE BABEL

Capítulo 1. HUMANISMO Y GENTE CULTA .....	19
Capítulo 2. CREADORES Y TRANSMISORES DE INTE- LECTUALIDAD.....	45
Capítulo 3. LA SENDA CULTURAL DEL BARROCO .....	61

## PARTE II LUGARES DE SABIOS

Capítulo 4. DEL ESCRITO VOLADOR A LA HABITACIÓN CONFORTABLE PARA PENSAR .....	79
Tras los pasos del lector «popular» .....	80
Libros de arquimesa .....	83
La biblioteca del mercader .....	86
Paisajes con flores y pájaros .....	90
Habitaciones de estudio .....	94
Un repertorio humanista .....	100
Capítulo 5. LOS PROFESIONALES EN SUS DECORADOS ESTUDIOS .....	107
Construir remansos de paz (sin libros) .....	108
La biblioteca del notario .....	112

Dos calaveras, una guitarra y varios estuches de cirujano .....	118
Lecturas temáticas .....	121
La biblioteca del médico .....	124
Erudición y proyección visual .....	127
Patricios .....	131
El hombre recto .....	136
La biblioteca del ciudadano .....	141
Santos, tiempos y carnestolendas .....	146
 Capítulo 6. AUSTERIDAD Y MILES DE LIBROS PARA AL- CANZAR EL CIELO .....	 153
Estado de perfección .....	153
Aristóteles .....	157
Prestar libros al cabildo .....	161
No todo es religión .....	165
En el Pilar .....	167
El obispo .....	170
El poeta .....	174
El jurista .....	178
El coleccionista de pinturas .....	181
Un mapa universal del mundo .....	188
En la Seo .....	196
 Capítulo 7. MUJER Y NOBLEZA: LA ATMÓSFERA PRIVI- LEGIADA.....	 201
Feminidades.....	202
La biblioteca de la doncella .....	206
¿De quién eran los libros? .....	208
Retablo de alabastro .....	210
La sibila de Cumas .....	214
La almoneda .....	220
Padre e hijo .....	222
El alcaide .....	224
 CONCLUSIÓN .....	 229
 ANEXO. LAS BIBLIOTECAS .....	 233
 BIBLIOGRAFÍA .....	 545

*Este libro se terminó de imprimir  
en los talleres del Servicio de Publicaciones  
de la Universidad de Zaragoza  
en febrero de 2021*



LA LLEGADA DEL MUNDO MODERNO TRAJÓ CONSIGO LA posibilidad de aumentar exponencialmente los niveles de aprendizaje y de lectura. Todo el que se lo podía permitir disfrutaba adquiriendo nuevos volúmenes impresos, se afanaba acumulando sus ejemplares en lustrosas colecciones personales y, para acabar, daba cuenta del conocimiento recopilado en lugares específicos de la casa donde la decoración y los objetos expuestos contribuían a construir una imagen simbólica del propietario. El presente libro centra la atención en el aspecto físico de esos espacios y en la clase de lecturas que en la Zaragoza barroca pudieron llegar a hacerse entre todos aquellos que quisieron darse a conocer como personas cultas.



JUAN POSTIGO VIDAL

es doctor en Historia por la Universidad de Zaragoza. Sus investigaciones han estado muy centradas en el estudio de la vida cotidiana y la cultura material durante la Edad Moderna, y también en el análisis de las diferentes formas de transgresión y violencia en la época del Barroco. Es autor de *La vida fragmentada. Experiencias y tensiones cotidianas en Zaragoza (siglos XVII y XVIII)*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2015; *El paisaje y las hormigas. Sexualidad, violencia y desorden social en Zaragoza (1600-1800)*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2018; y de los *Ensayos sobre el poder y sus resistencias en la historia universal*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2020.